

NO HAY MAL QUE POR BIEN NO VENGA.

BELTRAN.

¡Contempla, señor, agora
La Providencia de Dios!
¡Quién pensára que las llaves
Que hicimos para robar,
Nos vinieran á importar
Para negocios tan graves!
¡Y que hubieran remediado
Peligros de tanto peso
Un hombre, que es tan travieso,
Y otro tan acomodado!

Estos versos esclarecen y compendian el verdadero y total pensamiento de la Comedia, á saber: que el arrepentimiento sincero de las culpas puede ser tan eficaz y fecundo, que los mismos medios, destinados para la consumacion de un delito, se conviertan en manantiales de provechosísimos bienes; y los mismos criminales, en instrumentos, empleados por la mano de Dios, para la salvacion de grandes intereses.

Sinteticemos la fórmula drámatica empleada al efecto por el autor.

D. Juan Bermudez, arruinado y lleno de trampas por festejar lucidamente á Doña Leonor, pretende casarse con ella: casamiento á que se opone su padre D. Ramiro, por la pobreza del galan. Convencido é indignado éste de que las riquezas sean el único obstáculo al logro de su amor, decide removerlo, quitándoselas, á fin de que el mismo padre vaya á rogarle con la hija. Mas al registrar su casa, donde se ha introducido con llaves falsas buscando el dinero, encuentra encerrado en un aposento á D. Domingo de Don Blas,

con quien traia pendientes cuentas de rivalidad amorosa, en órden á la misma Leonor. Confirmado con esto en sus sospechas le insulta: pero D. Domingo (de quien hablaremos despues) le satisface refiriéndole, como le ha preso allí D. Ramiro, cabeza de la conspiracion del príncipe D. García, para destronar á su padre D. Alfonso III de Leon, por no haber querido asociarse á ella. Recuérdale, con este motivo, los deberes de lealtad de todo buen vasallo, para con su rey; y le exhorta á que ayude, con su valor, á la causa de la legitimidad, lavando así las manchas que oscurecen su nobleza, y rehabilitando su mal parada fama. Convertido D. Juan á tan levantadas ideas é ilustres sentimientos, introduce al rey á la presencia de su hijo, en casa de D. Ramiro, á favor de las llaves falsas que le proporcionaron el hallazgo de D. Domingo y desbarata la conspiracion, asegurándose antes de que no quedará infamado el nombre de su futuro suegro. Hasta aquí los pasos precisa y directamente enlazados con el pensamiento fundamental.

Examinemos la índole y carácter de este personaje:

D. Juan, noble, pundonoroso y valiente, dá en su moralidad, por culpa del amor, dos traspies que merecen examinarse. El uno es alquilar una casa, sin ser suya, á D. Domingo, aprovechando el error del mayordomo de éste, Nuño, que le cree dueño, por verle á la puerta, con las llaves en la mano: el otro allanar la morada de D. Ramiro, para apoderarse de sus riquezas, sirviéndose de llaves falsas.

¿Son actos que le infaman definitivamente? ¿Que no consienten habilitacion? ¿Que no pueden atribuirse al héroe de un poema, sin violar las leyes de la moralidad artística?

Véamoslo:

El alquilar la casa fué una casualidad que se le vino á la mano, y aprovechó sin escrúpulo, como una chanza que le hacia la suerte; no un proyecto de estafa, que él hubiera concebido y premeditado. La mitad del camino se lo dió andado Nuño: el resto, se lo hizo andar la angustia de su situacion. Cierto es que no hay moral que le disculpe, y que fué alta-

mente vituperable su conducta; pero no es un hecho de los que imprimen carácter en la juventud: mientras no se consigna en papel sellado, eso se llama en el mundo una calaverada, no un crimen.

El apoderarse de las riquezas de D. Ramiro no pasó de tentativa; y fué con ánimo de *empobrecerle*, circunstancia que altera esencialmente la naturaleza del delito, quitándole el carácter de robo; porque el *empobrecer* al robado nunca ha sido el propósito del ladrón, el cual toma lo ajeno para apropiárselo, no para que le falte á otro. Demas, que robar dinero al padre de una hija única el que aspira á casarse con ella ¿no es robar á su esposa? ¿no viene á ser robarse á sí mismo? Y sobre todo ¿no se vé que aquello es un recurso insensato, un medio desesperado de enlazarse con la mujer que ha llegado á ser la necesidad de su existencia? Por último ¿necesitaremos recordar, que estamos en el terreno de la poesia y no en el de la historia? ¿aplicando la crítica y no el Código penal?

No aparece de consiguiente acto vil y deshonroso el discutido, sino de irreflexion y atolondramiento como el otro, concurriendo en ambos la circunstancia atenuante del amor, que tanto ciega y precipita.

Agrégase á esto y es el primer título de legitimidad de esos dos actos, porque es el primer criterio, segun el cual han de juzgarse, que son medios subalternos, impuestos y regidos por un fin principal; que no tienen existencia por sí ni para sí, sino para el drama en cuyo cuadro entran, á fuer de sombra indispensable, como quiera que un *mal* es lo que se proponia convertir en *bien*: y un pecador, no un inocente habia de ser quien se arrepintiera.

Á D. Domingo de Don Blas, el *acomodado*, segun le llama la Comedia, porque gustaba mucho de su comodidad, no puede juzgársele bien, más que leyendo los pormenores á que alcanza, y en que se muestra su vida dramática.

Original, independiente, despreocupado, cauteloso, franco, valiente, hidalgo, es como decimos hoy, un hombre excéntrico

que nos recuerda más de una vez nuestros refranes *donde no piensa el galgo, salta la liebre, y debajo de una mala capa se esconde un buen bebedor*. Pero la sorpresa que arguye este mismo recuerdo ¿significa falta de unidad, ó rasgos de inconsecuencia en su carácter? ¿Significa que lo que con el tiempo, y según las circunstancias, vá dando de sí aquel hombre singular, no lo importa desde luego, ó que lo repugnan sus antecedentes?

Ninguna de las genialidades que le granjean el título de acomodado, ninguna de las suspicacias y prevenciones de su egoísmo en lo pequeño, ahoga, coarta, ni se opone á su abnegación en lo grande; á las proporciones que despliega, cuando se trata del valor, de la honra y de la lealtad á su rey. Además de que él explica bien, que se rodeaba de tantas precauciones y se prevenía de tantos cuidados, para que las ocasiones le encontraran apercebido y entero, cuando le necesitasen. Y por cierto, no le engañó su prevision, ni se perdieron sus cuidados; que las ocasiones llegaron y en ellas se elevó él, no á la virtud, al heroísmo. Su unidad moral y dramática había asentado ya la afabilidad, cortesía y miramiento con el pechero, para que dedujéramos luego su independencia, austeridad y altivez con el rey.

Dos lunares quitaríamos de buen grado á D. Domingo. Cuando al explicar á D. Juan el motivo de su escondite ó encierro en casa de D. Ramiro, le cuenta la conspiración de que es víctima, por no haber querido asociarse á ella, la tal explicación está llena de un lirismo estrambótico, sentimental y falso, ajeno de su carácter positivo, ó impropio de la situación. Así aplaza el fin á que se dirige; se extravía de la acción, y se aleja del magnífico terreno á donde se encamina luego, de convertir á su rival, en favor de la causa legítima. Tampoco nos agrada que califique seriamente de afortunados, el día de casarse y el de enviudar: á hombre tan bueno y tan grave no cuadra esa calificación humorística: estuviérale bien al gracioso.

Nada decimos de los alardes que hace de valor y de lo

preciado que del suyo se muestra, porque sabido es, y repetido está por nosotros, que los valientes de nuestra antigua escena pecaban de presumidos y fanfarrones.

Si el rivalizar en interés dos personajes de un drama pudiera afectar á la unidad de su acción, motivos habría de escrúpulos acerca de la presente, porque son D. Juan y don Domingo, á cual más principal y á cual más interesante. Pero si bien durante la marcha de la acción, sobresale D. Domingo, por su carácter original, altas prendas y conducta toda, D. Juan á quien persuade al cabo, se eleva á toda la altura de una perfecta conversión y es el verdadero instrumento de la salvación del trono. Así vence el autor la grave dificultad que se había suscitado á sí mismo, y devuelve á D. Juan toda la importancia, que le mermara D. Domingo.

Para haberse propuesto el autor un fin providencial, que pudiera muy bien lograrse, fuera de todas las vías de los acontecimientos ordinarios; para hacer únicamente *que los Cielos mudasen la inclinación* de D. Juan, según él dice, fuerza es conocer, que están muy bien concertados los medios humanos que se utilizan. La trama dramática vá diestramente urdida: en particular el acto tercero, que presenta tres ó cuatro conflictos naturales y de gran interés, se resuelven y atraen el desenlace, por la más oportuna y concordada manera. La salida que dá D. Juan al apuro de la Escena V en que llega á estribar todo, no puede mejorarse.

De particular belleza son todos los diálogos en que interviene D. Domingo. Beltrán, totalmente adherido á su señor, es uno de los más serviciales y discretos criados, y á la vez uno de los más agudos y modestos graciosos. No recordamos epigrama, que aventaje al que en sus labios puso el autor, al principio de la Comedia. Lamentábase D. Juan de que iba á perder á Leonor, después de haber perdido la hacienda en festejarla, y le dice Beltrán:

Con eso me has acordado
Una bien graciosa historia

Que has de oír, aunque estés triste:
Bien pienso que conociste
A Pedro Nuñez de Soria.

DON JUAN.

En Castilla le traté
Y era hombre afable y gustoso.

BELTRAN.

Ese pues, poco dichoso,
Tan pobre en un tiempo fué,
Que para alcanzar apenas
Para el sustento, jugaba
La mohatra, y se adornaba
Todo de ropas ajenas.
Riñó su dama con él,
Y en un cuello que traía
Ajeno, como solía,
Hizo un destrozo cruel.
El dueño, cuando entendió
La desdicha sucedida,
A la dama cuellicida
Fué á buscar, y así la habló:
Una advertencia he de haceros,
Por si acaso os enojais
Otra vez, y es que riñais
Con vuestro galán en cueros:
Que cuando la furia os viene,
Si vestido le embestis
Haced cuenta, que reñis
Con cuantos amigos tiene.

GANAR AMIGOS.